



ESTOY EN COMA

MI MARIDO
YA NO ME AMA

A
VECES
MIENTO

ALICE FEENEY

«Una voz intrépida y original.»
Clare Mackintosh

Mi nombre es Amber Reynolds. Hay tres cosas que debes saber de mí:

1. Estoy en coma.
2. Mi marido ya no me ama.
3. A veces miento.

Amber despierta en un hospital. No puede moverse. No puede hablar. No puede abrir los ojos. Es capaz de escuchar a todos los que la rodean, pero ellos no lo saben. Amber no recuerda qué fue lo que le sucedió, pero sospecha que su marido tuvo algo que ver en ello.

Alternando entre su paralizado presente, la semana anterior a su accidente y un diario de infancia de hace veinte años, este perturbador *thriller* psicológico hará que nos preguntemos: ¿es mentira algo que consideramos que es cierto?

Índice de contenido

Ahora
Entonces
Ahora
Entonces
Ahora
Entonces
Antes
Ahora
Entonces
Antes
Entonces
Ahora
Entonces
Antes
Ahora
Entonces
Antes
Ahora
Entonces
Entonces
Antes
Ahora
Entonces
Antes
Ahora
Entonces

Antes
Ahora
Entonces
Antes
Ahora
Entonces
Entonces
Antes
Ahora
Entonces
Antes
Ahora
Entonces
Entonces
Antes
Ahora
Entonces
Antes
Ahora
Entonces
Antes
Entonces
Ahora
Ahora
Entonces
Entonces
Antes
Ahora
Entonces
Ahora
Entonces

Ahora

Antes

Entonces

Ahora

Después

Después

Después

Agradecimientos

Sobre la autora

A mi Daniel. Y a ella

Me llamo Amber Reynolds.

Hay tres cosas que deben saber sobre mí:

1. Estoy en coma.
2. Mi marido ya no me ama.
3. A veces miento.

Ahora

Día de San Esteban, diciembre de 2016

Siempre he disfrutado de esa caída libre entre el sueño y el despertar. Esos preciosos momentos semiconscientes de antes de abrir los ojos, cuando te sorprendes creyendo que tus sueños quizá sean la realidad. Unos instantes de intenso placer o dolor, antes de que tus sentidos se reanuden y te informen de quién eres y de dónde estás. Por ahora, durante un segundo más, disfruto de una ilusión inducida a base de automedicación que me permite imaginar que podría ser cualquier persona, que podría estar en cualquier parte, que podría ser amada.

Noto la luz detrás de los párpados y, entre todas mis sensaciones, me llama la atención el anillo de platino que noto en el dedo. Parece más pesado que antes, como si me arrastrara hacia abajo. Una sábana me cubre el cuerpo; huele de un modo extraño y considero la posibilidad de que me encuentre en un hotel. Todos los recuerdos de lo que he soñado se evaporan. Intento aferrarme, ser alguien que no soy, estar en alguna parte donde no estoy, pero todo es en vano. Solo soy yo, la de siempre, y estoy aquí, donde ya sé que no quiero estar. Me duelen los miembros y estoy tan cansada que no quiero abrir los ojos... hasta que recuerdo que no puedo.

Me recorre el pánico como una ráfaga de aire helado. No recuerdo dónde estoy ni cómo llegué aquí, pero sí sé quién soy: «Me llamo Amber Reynolds; tengo treinta y cin-

co años; estoy casada con Paul». Me repito estas tres cosas mentalmente, aferrándome a ellas con todas mis fuerzas, como si pudieran salvarme, pero soy consciente de que una parte de la historia se ha perdido, de que las últimas páginas han sido arrancadas. Cuando mis recuerdos están completos en la medida de lo posible, los sepulto en mi mente hasta que quedan lo bastante en silencio como para dejarme pensar, sentir, intentar comprenderlo todo. Pero un recuerdo se resiste a obedecer y forcejea por emerger a la superficie. No obstante, me resisto.

El ruido de una máquina irrumpe en mi conciencia y me roba los últimos atisbos de esperanza; me deja con la odiosa constatación de que estoy en un hospital. Ese hedor esterilizado me da ganas de vomitar. Detesto los hospitales. Son el hogar de la muerte y los lamentos tardíos. Un lugar que no desearía visitar jamás, y menos aún donde decidiría quedarme.

Antes había personas aquí, extraños. Ahora lo recuerdo. Usaban una palabra que he preferido no escuchar. Recuerdo un gran alboroto, gritos, un miedo que no solo era el mío. Me esfuerzo por desenterrar más cosas, pero la mente me falla. Ha sucedido algo muy grave, pero no recuerdo qué ni cuándo.

«¿Por qué no está él aquí?».

Puede ser peligroso formular una pregunta cuando ya conoces la respuesta.

«Él no me quiere».

Señalo este pensamiento con una nota mental.

Oigo que se abre una puerta. Suenan pasos. Luego vuelve el silencio, pero es un silencio mancillado, ya no del todo puro. A mi derecha, percibo un olor revenido a cigarrillo, el crujido de un bolígrafo sobre el papel. Alguien tose a mi izquierda. Entonces me doy cuenta de que son dos. Extraños en la oscuridad. Tengo más frío que antes; me siento tremendamente pequeña. Nunca había experimentado un terror como este.

Me gustaría que alguien dijera algo.

—¿Quién es? —pregunta una voz femenina.

—Ni idea. Pobrecita, menudo desastre —responde otra mujer.

Me gustaría que no hubieran dicho nada. Empiezo a gritar: «¡Me llamo Amber Reynolds! ¡Soy locutora de radio! ¿Por qué no saben quién soy?».

Grito las mismas frases una y otra vez, pero ellas me ignoran porque, por fuera, estoy callada. Por fuera, no soy nadie ni tengo nombre.

Quiero verme como ellas me han visto. Quiero sentarme, extender los brazos y tocarlas. Quiero volver a sentir algo. Cualquier cosa. A cualquier persona. Quiero hacer un millón de preguntas. Creo que quiero conocer las respuestas. Han usado la palabra de antes, la que no quiero escuchar.

Las mujeres se van, cerrando la puerta, pero la palabra permanece aquí, de forma que nos quedamos a solas. Ya no me es posible ignorarla. No puedo abrir los ojos. No puedo moverme. No puedo hablar. La palabra emerge a la superficie como una burbuja y estalla. Ya no me cabe duda de que es cierta: «Coma».

Entonces

Una semana antes. Lunes, 19 de diciembre de 2016

Bajo de puntillas en la oscuridad de la madrugada, intentando no despertarlo. Todo está en su sitio. Sin embargo, estoy segura de que falta algo. Me pongo mi pesado abrigo para combatir el frío y atravieso la cocina para hacer mi rutina. Empiezo por la puerta trasera, moviendo una y otra vez la manija hasta que me convenzo de que está cerrada.

Arriba, abajo. Arriba, abajo. Arriba, abajo.

Luego me planto frente al gran horno con los brazos flexionados, como si estuviera a punto de dirigir la orquesta de los mandos del gas. Mis dedos se sitúan en posición: el índice y el medio de cada mano uniéndose al pulgar. Compruebo que todos los mandos y diales están apagados, musitando para mí misma. Mientras efectúo el repaso completo tres veces, el chasquido de mis uñas chocando entre sí crea un mensaje en morse que solo yo soy capaz de descifrar. Una vez satisfecha al ver que todo está como corresponde, me dispongo a salir de la cocina. Me demoro un momento en el umbral, preguntándome si hoy será uno de los días en los que tenga que volver atrás y empezar toda la rutina de nuevo. No.

Las tablas del suelo crujen mientras me deslizo por el pasillo, cojo mi bolso y reviso su contenido. Teléfono. Monedero. Llaves. Lo cierro, lo abro otra vez, vuelvo a revisarlo. Teléfono. Monedero. Llaves. Lo reviso una tercera vez al dirigirme hacia la puerta principal. Me detengo un momen-

to y me sorprendo al ver a la mujer del espejo devolviéndome la mirada. Tengo la cara de una mujer que quizá fuera atractiva en su momento; ahora apenas la reconozco. Una paleta mixta de tonos claros y oscuros. Unas tupidas cejas marrones y unas largas pestañas negras enmarcan mis grandes ojos verdes, bajo los cuales se han asentado unas sombras tristes. Mi piel es un pálido lienzo que se tensa sobre los pómulos. Mi pelo, de un marrón intenso, casi negro, cae perezosamente en lacios mechones sobre mis hombros, a falta de algo mejor que hacer. Me lo aliso con los dedos y me lo recojo detrás en una coleta, apartándome el flequillo de la cara con una cinta que llevo en la muñeca. Mis labios se entreabren, como si me dispusiera a decir algo, pero de mi boca solo sale aire. Una cara ideal para la radio me mira desde el espejo.

Me acuerdo de la hora y me digo a mí misma que el tren no va a esperarme. No me he despedido, pero supongo que no importa. Apago la luz y salgo de casa, comprobando tres veces que la puerta está cerrada antes de bajar por el sendero del jardín iluminado por la luna.

Es temprano, pero ya voy tarde. Madeline estará en la oficina a estas alturas, con los periódicos leídos y las historias más interesantes seleccionadas. Las productoras habrán revisado los diarios previamente expurgados, y ella les habrá ladrado y apabullado para que le consigan las mejores entrevistas para el programa de esta mañana. Los taxis ya estarán recogiendo y descargando a unos invitados tan sobreexcitados como poco preparados. Cada mañana es diferente, pero todo se ha convertido en una rutina. Hace seis meses que me incorporé al equipo de *Coffee Morning* y las cosas no van según el plan. Mucha gente creería que tengo el trabajo de mis sueños, pero las pesadillas también son sueños.

Me detengo en el vestíbulo para comprar unos cafés para mí y para una compañera. Luego subo los escalones de piedra hasta la quinta planta. No me gustan los ascensores. Fuerzo una sonrisa antes de entrar en la oficina y me recuerdo a mí misma que esto es lo que se me da mejor: cambiar para adaptarme a los que me rodean. Puedo ser «Amber la amiga» o «Amber la esposa», pero ahora es el momento de «Amber en *Coffee Morning*». Soy capaz de interpretar todos los papeles para los que la vida me ha escogido. Me sé todos los diálogos; llevo mucho tiempo ensayando.

El sol apenas ha salido, pero —tal como suponía— el pequeño equipo, compuesto sobre todo por mujeres, ya está reunido. Tres productoras de cara juvenil, motivadas por la cafeína y la ambición, se inclinan sobre sus escritorios. Rodeadas de montones de libros, guiones viejos y tazas vacías, escriben en sus teclados como si les fuera la vida en ello. En el rincón del fondo, veo la luz de la lámpara del despacho privado de Madeline. Me siento frente a mi escritorio y enciendo el ordenador mientras devuelvo las sonrisas y los saludos a las demás. Las personas no son espejos; no te ven cómo te ves a ti misma.

Madeline ya ha tenido tres asistentes personales este año. Nadie ha durado mucho; enseguida se deshace de ellas. Yo no quiero un despacho propio ni necesito una asistente personal; me gusta estar aquí fuera con todos los demás. El asiento contiguo al mío está vacío. Es raro que Jo aún no haya llegado; me inquieta la posibilidad de que le haya sucedido algo. Echo un vistazo al otro café, que está enfriándose. Decido llevárselo a Madeline. Llamémoslo una oferta de paz.

Me quedo inmóvil en el umbral, como un vampiro esperando a que lo inviten a pasar. Su despacho es irrisoriamente pequeño. De hecho, es una despensa reconvertida. Y todo porque ella se niega a sentarse con el resto del equipo. Enmarcadas, hay fotos suyas con personajes famosos; cu-

bren hasta el último centímetro de las falsas paredes. Hay también un pequeño estante para los premios detrás del escritorio. Madeline no levanta la vista. Observo su pelo corto y feo; las raíces grises asoman bajo las hebras negras. Me fijo en su papada. Por suerte, sus michelines quedan ocultos bajo las holgadas prendas negras. La luz de la lámpara del escritorio se refleja en el teclado, sobre el cual planean unos dedos llenos de anillos. Sé que me ha visto.

—He pensado que quizá necesites un café —digo, decepcionada por la simplicidad de mis palabras, teniendo en cuenta el tiempo que me ha costado encontrarlas.

—Déjalo ahí encima —me responde sin apartar los ojos de la pantalla.

«De nada».

Un pequeño calefactor zumba en un rincón, y el calor aromatizado que sube serpenteando en torno a mis piernas me inmoviliza. Me sorprendo mirando fijamente el lunar que tiene en la mejilla. A veces me sucede: concentro la vista en las imperfecciones de una persona, olvidando por un momento que ellas se dan cuenta de que veo detalles que preferirían que no viese.

—¿Has pasado buen fin de semana? —me aventuro a decir.

—Aún no estoy para hablar con nadie —dice.

La dejo en paz.

Otra vez en mi escritorio, repaso el montón de correo que se ha acumulado desde el viernes: un par de novelas de aspecto horroroso que jamás leeré; algunas cartas de admiradores y una invitación a una gala benéfica que me llama la atención. Doy un sorbo al café y fantaseo sobre lo que me pondría y con quién iría, si asistiera. Tendría que hacer más labores caritativas, la verdad, pero nunca tengo tiempo. Madeline, además de la voz de *Coffee Morning*, es la imagen de Niños en Peligro. Siempre me ha parecido un poco extraña su relación con la mayor organización benéfica para niños del país, dado que ella los detesta y nunca

los ha tenido. Ni siquiera se ha casado. Está completamente sola en la vida, aunque siempre se encuentre rodeada de gente.

Una vez revisado el correo, leo atentamente las notas informativas para el programa de esta mañana. Siempre viene bien estar mínimamente informada antes del programa. No encuentro mi bolígrafo rojo, así que me acerco al armario donde se guarda el material de escritorio.

Lo han vuelto a aprovisionar.

Echo una mirada atrás y me concentro otra vez en los estantes pulcramente apilados de material. Cojo unos cuantos cuadernillos de *Post-it* y varios bolígrafos rojos, y me los meto en los bolsillos. Sigo cogiendo más bolígrafos hasta que la caja se queda vacía. Los otros colores los dejo. Nadie levanta la vista cuando vuelvo a mi escritorio; nadie me ve mientras vacío los bolsillos en el cajón y lo cierro con llave.

Cuando ya empezaba a preocuparme seriamente que Jo, que es mi única amiga aquí, no hubiera aparecido, ella entra y me sonrío. Viste igual que siempre: con vaqueros azules y una camiseta blanca, como si no fuera capaz de dejar atrás los años noventa. Las botas que dice que odia están muy gastadas en los talones; tiene el pelo rubio mojado por la lluvia. Se sienta ante su escritorio, que está junto al mío, frente a las demás productoras.

—Perdón por el retraso —susurra.

Nadie, aparte de mí, parece advertirlo.

Matthew, el editor del programa, es el último en llegar. No es raro. Lleva sus ceñidos pantalones de algodón un poco bajos (y con las costuras tensas) para acomodar el gran bulto de su barriga. Aun así, le quedan un poco cortos para sus piernas larguiruchas: dejan a la vista unos calcetines de colores por encima de los relucientes zapatos marrones. Se dirige a su escritorio, tan pulcramente ordenado. Está junto a la ventana. Ni saluda. Por qué un equipo de mujeres que producen un programa para mujeres está diri-